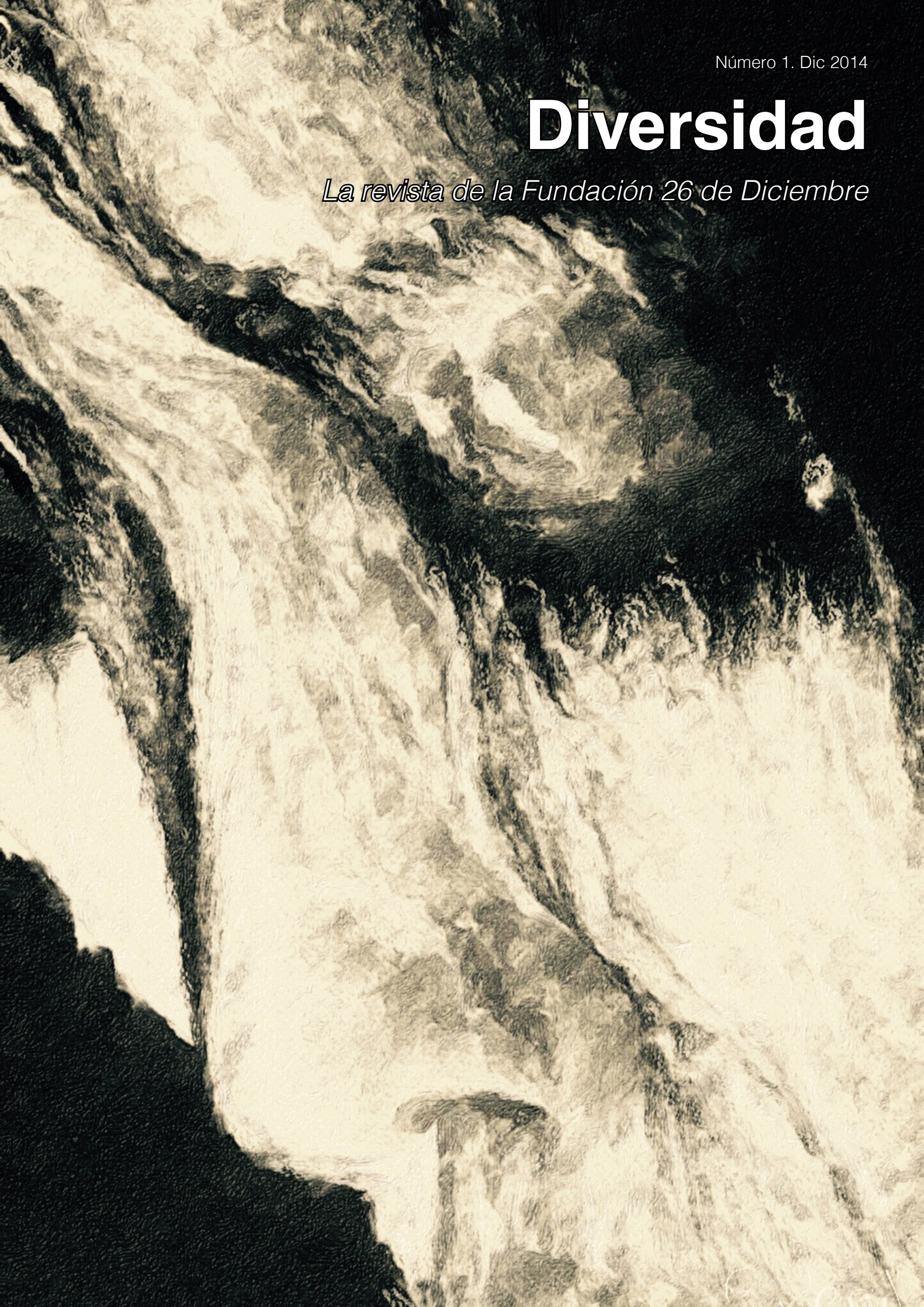




Número 1. Dic 2014

Diversidad

La revista de la Fundación 26 de Diciembre

Nuestra editorial

La voz que nos debemos

por Eduardo Mendicutti

Lo que no se nombra no existe. Y en el colectivo LGTBI, durante muchos años, ha costado trabajo nombrar la edad madura, la edad tardía, la tercera edad, la vejez, esa edad, por lo general, ignorada, discriminada, marginada, olvidada por toda la efervescencia que ha acompañado el largo camino hacia la visibilidad, la igualdad de derechos y el respeto social de los homosexuales, transexuales y bisexuales.

No seré yo, que ya he cumplido 66 años, quien lamentamente el esplendor de la juventud, de la belleza, del éxito profesional y del desahogo económico que ha servido de plataforma a nuestras reivindicaciones y nuestras conquistas legales, sociales y culturales, pero sí que he llamado muchas veces la atención sobre la ola de sombra que ha borrado a quienes no son jóvenes ni hermosos –al menos, si nos atenemos a ese concepto convencional de la belleza asociada a la juventud puramente biológica–, ni saludables, ni más o menos conocidos y reconocidos, ni económicamente desahogados. Por eso es tan importante una iniciativa como esta revista digital que nace en el seno de la Fundación 26 de Diciembre: porque da voz y palabra a quienes estaban acallados y permanecían silenciosos. Expresarse y hacerse escuchar es existir.

Naturalmente que la madurez también provoca el deseo, y lo hace bastante más de lo que parece, pero ese impulso vital, emocional y sexual suele aún manifestarse y mantenerse agazapado en una discreción mal entendida y tiene aún que enfrentarse, en el mejor de los casos, a una sorna o un ternurismo barato no siempre fácil de asimilar. Porque, por un lado, es muy emocionante conocer esas largas y consolidadas historias de amor entre dos hombres o dos mujeres, o entre un o una transexual, o entre un o una bisexual, y sus parejas, sean estas también bisexuales o heterosexuales u homosexuales o transexuales; por fortuna, en ese sentido, de cara a las



leyes y a la sociedad, el amor ha dejado de ser lo que era. Por otra parte, enamorarse de un hombre o una mujer mayor ha sido frecuente entre homosexuales, bisexuales o transexuales jóvenes, o de edad mediana, desde las antiguas culturas hasta la actualidad: ese amor desparejo en la edad, pero no por ello menos

apasionado, es una de las riquezas que el colectivo no debería perder, devaluar o desperdiciar.

Quizás cuando los dos polos del amor y el deseo – o uno de los dos – es una persona mayor es cuando más pesan en la relación componentes tan nobles como la experiencia, la cultura, el coraje, la admiración mutua, la memoria compartida, la generosidad por una y otra parte, el intercambio de vivencias, proyectos, sentimientos, descubrimientos, reconocimientos. El concepto de belleza, incluso física, también rompe barreras y gana terreno ante la mirada del otro, y, sobre todo, ante nuestra propia mirada: si nos cuidamos –por fuera y por dentro–, si nos respetamos, si nos hacemos respetar, siempre podremos ser hermosos.

Cualquiera que lea los textos de esta publicación digital que hoy presentamos podrá encontrar pruebas de todo lo que he dicho. Porque esta publicación va a incluir –en este primer número ya lo hace– contenidos teóricos, militantes, testimoniales, divertidos, informativos, muchos de ellos enjundiosos, muchos otros emocionantes, espero que también algunos excitantes, y todos reveladores de la cultura, el talento, la imaginación, la experiencia, el dolor, el placer, la lucha, las reivindicaciones, la ganas de vivir y disfrutar, los esfuerzos pasados, actuales y futuros, y las actividades diarias del grupo de mayores, y de no pocos jóvenes voluntarios, dentro del colectivo LGTBI, que se da cita en la Fundación 26 de Diciembre.

Por eso esta publicación está llamada a ser la voz que nos debemos.

Comenzamos nuestras andanzas en la primera revista de **la Fundación 26 de Diciembre**

En este primer número, nuestra articulista invitada será **Boti G Rodrigo**, hablando en la página 3 sobre nuestra Fundación

Además, **Antonio Prieto** nos introducirá a Simone de Beauvoir y *La Vejez* en la página 5

Antoine y Buenaventura entrevistarán a **Empar Pineda** en la sección *Nuestra entrevista*, página 8

Nuestrxs voluntarixs contará con “El acoso escolar homófobico en la vejez” de **Ramón Arreal** en la página 11

Terminando la sección, **Xavier Lizárraga** nos sorprenderá con “Rosa con sanas: la homosexualidad y la vejez” en la página 13

Rebeca, la Ave Fénix nos deleitará con “Y... mis alas se rompieron” en *Nuestros testimonios*. Además, contaremos con el testimonio de **Mercedes González**: “Los preventorios del Franquismo. Yo estuve allí” Ambos en las páginas 18 y 20.

Nuestra cultura vendrá de la mano de **Josué González Pérez** y “La represión a los homosexuales en el Franquismo”. Página 22

Nuestra poesía contará con **Beatriz Barón Rojo** y **Rebeca, la Ave Fénix**. “Venus negra” (pg 25), “La bruja” (26) y “Sótano” (27)

Damos por finalizada nuestra revista con la “Breve historia del SIDA” **Kike Poveda** nos lo cuenta en la página 30 en *Nuestra salud*

El logro-milagro de la Fundación 26 de Diciembre

por Boti G. Rodrigo

Dentro de 50 años, habrá dos mil millones de personas mayores en todo el planeta. Y de ellas, unos doscientos millones serán, seremos, lesbianas o gais, o trans, o bisexuales: doscientos millones pertenecerán al colectivo de la diversidad sexual y de género.

En estos tiempos, al contrario que en otros y en otras culturas, encontramos poca, y cada vez menos, influencia de las personas mayores en la vida real, en la política, en la cultura. Parece que los mayores molestan y, lo que es peor, hay una especie de amnesia social que nos hace pensar, que hace pensar a la gente, que nunca vamos a llegar a ser viejos. Y ser mayores es una *stazione termini* –por decirlo bonito- a la que todas las personas llegan... si no se han quedado antes en el camino.

Ser mayor no sólo no está bien visto, sino que esta cultura ha marginado a quienes no pueden ser grandes consumidores: las personas mayores no son objetos preciados para una sociedad de consumo. Pero además, si nos fijamos en cualquier sector de la población, vemos que cuanto peor sea su situación social en general, peor y más dura será su vejez. Cualquier factor de discriminación, de marginalización, de vulnerabilidad, no sólo no desaparecerá, sino que se verá agravado en la vejez.

Esta marginación llega a ser extrema en el colectivo LGTB y es muy especialmente discriminatoria para las personas transexuales y para las lesbianas. Nuestro colectivo “no ve” a sus mayores ni valora, en la mayoría de los casos, que son quienes, con sus duras, durísimas historias personales, con su sufrimiento, han puesto los escalones por los que se ha podido avanzar hacia las libertades y conquistas en



“Las imágenes del colectivo, culto y a la juventud, no contribuyen precisamente a erradicar estas discriminaciones y crean la falacia de pensar que no existe invisibilidad y marginación hacia las personas mayores LGTB”

derechos de las que disfrutamos.

Si hemos construido una sociedad que discrimina y margina, incluso puede llegar a maltratar, a las personas mayores, el colectivo LGTB ha construido una sociedad que es, en parte, aún más excluyente para la gente de más edad, una sociedad aún más basada en la exaltación de los valores de la juventud.

Las asociaciones LGTB, mayoritariamente, no han desarrollado apenas actuaciones o actividades referidas a las personas mayores del colectivo, sean de inclusión, de reconocimiento, de aceptación, de socialización, etc., referidas a sus problemas de discriminación, de salud, problemas legales... Se hace poco o muy poco para atraer a los mayores a los colectivos, por crear un ambiente acogedor, inclusivo, por erradicar las discriminaciones. Es más: las imágenes del colectivo, culto al cuerpo y a la juventud, no contribuyen precisamente a erradicar estas discriminaciones y crean la falacia de pensar que no existe invisibilidad y marginación hacia las personas mayores LGTB.

Y hablar de nuestros mayores, es hablar de un sector de la población mayor tremendamente invisible. Y esta invisibilidad es especialmente grave si tenemos en cuenta que la orientación sexual/identidad de género se convierte en la vejez en un factor que condiciona, quizá como ningún otro, la calidad de vida de las personas y que afecta de manera determinante a su salud física y mental.

Por esto, era necesaria una acción decidida en la atención especializada a personas mayores LGTB. Era perentorio proporcionarles un espacio a su medida, un espacio adaptado a sus necesidades psicoló-



Imagen de Chelo García

gicas, físicas, emocionales y morales, -su espacio- no solo para conseguir su visibilidad, sino también sus derechos y su dignidad.

Y todo ello, sin perder de vista el objetivo de procurar su felicidad en lo pequeño, en lo cotidiano, en el cada día: estar a gusto en tu casa, en mi casa, en la casa de todos: “la casa de la abuela”.

Este ha sido el logro, el logro-milagro de la Fundación 26 de Diciembre.

Tenemos que quitarnos el sombrero ante todo lo que, en muy poco tiempo y con muy pocos medios, ha conseguido la Fundación 26 de Diciembre, creando espacios intergeneracionales en los que se puede hablar de temas que preocupan a jóvenes y mayores, llevando a cabo actividades diversas –felicísimas actividades diversas- y políticas inclusivas tendentes a evitar las discriminaciones, tratando –y consiguiendo- incluir a las personas LGTB mayores entre las imágenes a ofrecer a la sociedad, fomentando su asociacionismo y su entusiasmo vital. Y, como

“Nuestro colectivo “no ve” a sus mayores ni valora, en la mayoría de los casos, que son quienes, con sus duras, durísimas historias personales, con su sufrimiento, han puesto los escalones por los que se ha podido avanzar hacia las libertades y conquistas en derechos de las que disfrutamos”

marco de trabajo político indispensable, la exigencia a las administraciones competentes de la necesidad de políticas concretas antidiscriminatorias

Para compartir estos retos y llevar adelante este apasionante trabajo con los mayores del colectivo de la diversidad sexual y de género, la FELGTB y la F26D tienen firmado un

Convenio de Colaboración.

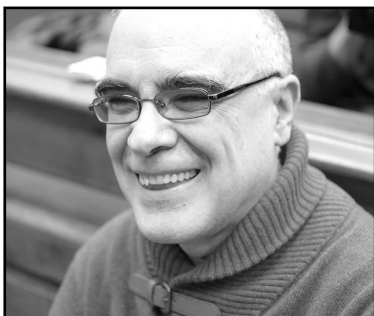
Ambas organizaciones nos daremos, nos hemos dado ya con entusiasmo -y con entusiasmo seguiremos trabajando- a esta imprescindible y apasionante tarea pendiente: la felicidad plena de las lesbianas, de los gais, de las personas transexuales y bisexuales mayores. Sumamos la experiencia y el buen hacer de cada una de las organizaciones, la vocación activista y la necesidad sentida por quienes las integran, con la determinación y la reivindicación. Así, de esa suma y yendo de esa forma de la mano, conseguiremos lo que los mayores de nuestro colectivo llevan demasiado tiempo mereciendo.

Nuestro voluntario escribe

Una mirada sobre “La Vejez”, de Simone de Beauvoir

por Antonio Prieto Núñez, Antoine

Simone de Beauvoir publicó en 1970 en la Editorial Gallimard, este extenso ensayo (602 páginas en la citada edición) que lleva por título La vejez (La vieillesse). Este libro se abre con una breve pero muy densa introducción de siete páginas sobre las cuales intentará tratar este artículo.



pósitos de la autora. Que sea pues ella quien nos los explique:

“He aquí precisamente por qué escribo este libro: para romper una conspiración de silencio. La sociedad de consumo, destaca Marcuse, ha substituido la conciencia de lo desventurado por la conciencia de lo feliz y reprueba todo sentimiento de culpabilidad. Es

Conviene en primer lugar examinar cuáles son las razones que llevan a Beauvoir a la escritura de este libro, por ejemplo, cuál es la edad y la situación personal de la autora en el momento en que se decide a emprender esta ingente tarea: Simone de Beauvoir es una escritora y filósofa de gran prestigio en el momento de la redacción de esta obra. Es una mujer de 62 años que ya ha reflexionado sobre su propio envejecimiento en la escritura de sus memorias. Son a destacar sus reflexiones melancólicas sobre el paso del tiempo en el tercer volumen de las mismas: La fuerza de las cosas. Ella misma cita este hecho, es mejor, pues, cederle la palabra: Cuando en el final de “La fuerza de las cosas” he enfrentado este tabú, ¡qué clamor general he levantado! Cortés o airadamente, un gran número de personas, sobre todo mayores, me han repetido profusamente que ¡la vejez no existe!

La autora considera que para la sociedad la vejez aparece como una especie de secreto vergonzoso del cual es indecente hablar. Añade asimismo que, existiendo enorme cantidad de obras sobre la mujer, la infancia o la adolescencia son, sin embargo, muy escasas las especializadas en la vejez.

Simone de Beauvoir escribe estas palabras a finales de los años 60 del pasado siglo. Si esta ausencia de literatura especializada continúa, poco más o menos, en la misma situación en el 2014, sería otro síntoma más, muy preocupante, de la persistencia en el olvido de las personas mayores.

Es importante también hacer referencia a los pro-

preciso perturbar su tranquilidad. En lo que concierne a las personas mayores, no es solamente culpable, sino criminal. Refugiada tras los mitos de la expansión y la abundancia, trata a los ancianos como parias”.

Son bastante elocuentes el párrafo de Beauvoir y la cita de Marcuse en que se apoya: es una diáfana descripción del discurso neo-liberal imperante hoy día en los países del llamado Primer Mundo, por otro lado sofocados actualmente por una crisis económica que ha condenado a la pérdida de derechos ciudadanos y a la pobreza a muchos miles de personas y donde, debido a los recortes o incluso supresiones de muchas partidas del llamado gasto social, deja abandonadas a su suerte a una inmensa cantidad de personas. Cabe decir, pues, que los integrantes de la llamada Tercera Edad son uno de los colectivos más expuestos en este marco de deterioro social. Aquellos ancianos que no dispongan de medios para pagarse –como si de otro artículo de consumo más se tratara– una residencia o una buena asistencia domiciliaria, o no tengan una familia suficientemente compasiva (y con los medios además para poder ejercer dignamente esta compasión), quedarán seguramente sometidos a vivir en precario el resto de su vida. Regresando a las palabras de Marcuse: sociedad de consumo que trata a los ancianos como parias.

Si dentro de un esquema social y una moral dominante como la que vivimos, a la persona anciana se le concediera una voz propia, no podría ser nega-

Nuestro voluntario escribe

da su entidad. Toda acción de ayuda, de cualquier clase que sea, a las personas mayores, debe comenzar por escuchar y hacer escuchar su voz; es decir, es necesaria una actuación en todos los órdenes en el sentido de romper la invisibilidad en que este colectivo vive sumergido.

¿Cuál es la edad en que una persona pasa a la categoría de “anciana”? Son muy dudosas las fronteras entre las edades una vez que nos establecemos en una sociedad de alta tecnología y consumo. Pero la imposibilidad de generalización es evidente: en suma podríamos decir que cada persona llegará a una edad diferente a un estado de “ancianidad” dependiendo fundamentalmente de su salud física y mental.

Aunque las personas pertenecientes a esta llamada Tercera Edad no sean apenas considerados por una sociedad que prácticamente las relega al ostracismo, a la hora de considerar su existencia (desde un punto de vista meramente económico), se convierten en una carga financiera para la sociedad: pensionistas, desempleados y funcionarios (es decir, todos aquellos que perciben sueldo del estado) pasan pues a desempeñar el triste papel de “chivo expiatorio” a la hora de adjudicar culpabilidades sobre el estado lamentable de las finanzas en tiempo de crisis.

Hay que remarcar cómo legisladores y economistas, actuando al dictado del poder económico, deploran el peso que los no-activos representan para los activos. El trabajador activo olvida con demasiada frecuencia que en el futuro alcanzará esa situación de “no-activo” y pasará entonces a engrosar las filas del denostado colectivo.

Al no constituir una fuerza de peso en el conjunto económico de la sociedad, el anciano carece generalmente de medios para hacer valer sus derechos. El anciano deviene, por el sólo hecho de serlo, el “otro”. Esto es una cuestión elemental del curso de la vida, la cual construye los ancianos con los adolescentes que viven un gran número de años en palabras de Marcel Proust. El anciano así convertido en ese “otro”, llega a escandalizar si su vida cotidiana persiste en unos mínimos y elementales comportamientos, tales como el amor o los celos.

Se dice muchas veces de ellos que han de ser tomados como ejemplo por los más jóvenes, y se les

exige ser modelo de todas las virtudes. Esta imagen de “anciano sabio” no deja de ser totalmente opuesta a lo que la vida cotidiana suele mostrarnos con toda crudeza: miseria, abandono, desprecio, aburrimiento en los bancos de los parques, en las salas de espera de los médicos, cuadros a veces muy graves de enfermedades como alcoholismo o tabaquismo, y una profunda y atroz soledad en una buena parte de los casos.

Es un hábito social y de pensamiento bien arraigado concebir la vejez más como una abstracción que como una realidad concreta que nos aguarda. Muy certeramente apunta Proust: De todas las realidades, (la vejez) es quizá aquella de la que guardamos el máximo de tiempo en la vida una noción puramente abstracta. Ocurre, pues, que muchas veces, cuando un trabajador llega a la edad de jubilación, se siente impactado por lo inesperado, se ve en una situación de desamparo para la que no suele estar preparado en absoluto y, sobre todo, ante la tesitura de tener que reinventar su vida en una edad nada fácil para ello. El príncipe Siddharta, que después fue el Buda, tomó plena conciencia, ante la visión de un anciano, que vivía habitado por su propia ancianidad. ¿Cuántos somos, de entre los seres humanos, los que tenemos esta plena conciencia de nuestro futuro ocaso?

Si con tanta facilidad olvidamos nuestra propia vejez —se encuentre más o menos cercana—, ¿cómo no olvidaremos más fácilmente aquella de los que ya la están viviendo y con la que tropezamos a cada paso si caminamos con los ojos abiertos?

Cediendo de nuevo la palabra a Beauvoir: “Cesemos de engañarnos; el sentido de nuestra vida está en juego en el futuro que nos aguarda: si ignoramos quiénes seremos no sabemos quiénes somos: reconozcámonos en ese anciano o esa anciana. Es preciso, si queremos asumir en su totalidad nuestra condición humana. De una vez no volvamos a aceptar con indiferencia el infortunio de la última edad, sintamos que nos concierne: ¡somos nosotros!”

Todo lo que entendemos como civilización está subordinado al rendimiento, el material humano no interesa salvo en lo concerniente a su aportación al conjunto productivo. Cuando tal elemento deja de producir se le arroja fuera (de una manera más o me-

Nuestro voluntario escribe

nos velada). En diciembre de 1968, el antropólogo de Cambridge Dr. Leach afirmó que todo aquel que sobrepase los 55 años debe ser considerado un desecho social, en el marco de una sociedad fuertemente mecanizada donde la máquina realiza la mayoría de las tareas y donde, en consecuencia, no es necesario que los hombres sean útiles demasiado tiempo. (Cita de Beauvoir).

Si alguien como este antropólogo ha utilizado el término “desecho”, pienso que su argumentación ofrece poco espacio para la duda: La idea de que la jubilación es el tiempo de la libertad y el ocio, una especie de edad dorada; queda por tanto en entredicho. Sabemos, generalmente, que este tiempo dorado no existe salvo en la publicidad de los planes de pensiones privados y muy poco más. La inmensa mayoría de nuestros mayores o, al menos una proporción lo suficientemente alta –y por tanto vergonzosa-, no saben nada de ese estatus dorado. Con tratamientos médicos que, a veces, no pueden pagar, agobiados por la carga económica de las facturas mensuales de energía, teléfono, agua, malcomiendo para poder ajustar la cuenta del supermercado a sus exiguas pensiones, no ofrece demasiadas dudas que nuestros mayores son considerados más bien un desecho que ninguna otra cosa.

...la inmensa mayoría de los indigentes son ancianos. El tiempo libre no abre al jubilado posibilidades nuevas: en el momento en que por fin se ve libre de obligaciones, se despoja al individuo de los medios de utilizar su libertad. Está condenado a vegetar en la soledad y el tedio como un puro desecho, nos dice textualmente Beauvoir hacia el final de esta introducción.

Aún nos añade: “Concentrando los esfuerzos en la suerte de los más desheredados es como se triunfa en el esfuerzo por sacudir una sociedad. Nos recuerda cómo Gandhi triunfó en su lucha por la demolición del sistema de castas dedicando sus energías especialmente a la casta inferior, los parias”.

Exigir que los hombres permanezcan como hombres durante su última edad implicaría una convulsión radical. Es imposible obtener este resultado a través de reformas limitadas que dejarían el sistema intacto: es la explotación de los trabajadores, es la

atomización de la sociedad y la miseria de una cultura reservada a las clases privilegiadas lo que conduce a esas ancianidades deshumanizadas.

Es por esto –concluye la autora- que la cuestión está tan cuidadosamente sometida al silencio; es por esto por lo que es preciso quebrar este silencio.



Este artículo no pretende ser otra cosa que un acercamiento muy respetuoso a este impresionante texto de Beauvoir. Son siete densas páginas que conforman la introducción a este largo ensayo. He tomado sus ideas principales, mezclándolas con alguna mía, así como las referencias que la escritora hace de otros autores, como es el caso de Marcel Proust; las citas literales se señalan en cursiva. Si algo quisiera añadir no sería sino una reflexión más bien amarga.

Este libro fue escrito en los últimos años de la década de los 60 del siglo XX, esta descarnada descripción de una sociedad que sólo se mueve por la búsqueda del máximo beneficio y enriquecimiento de sus clases dirigentes y en la que se considera un desecho al anciano como elemento que ha dejado de ser productivo, entiendo que es perfectamente válida hoy día. El discurso neo-liberal que entonces apuntaba, hoy domina plenamente la mayor parte del planeta. Si alguna variante se puede apreciar en él es una mayor y más refinada capacidad represiva y un dominio casi absoluto de los medios de comunicación que se convierten, pues, en lacayos fieles al servicio de sus intereses.

Lo triste no es que en esos años finales de la década de los 60 del siglo XX, en que fue compuesto el libro, existieran motivos sobrados para escribirlo: lo que es verdaderamente triste es que esos motivos existan todavía.

Nuestra entrevista

Empar Pineda: profundamente humana

por Buenaventura y Antoine



Imagen de Chelo García

Empar Pineda: profundamente humana, profundamente viva, profundamente lúcida, serena y por ello en paz. Esta es la síntesis de un ser humano excepcional: Empar es lesbiana porque sí. Con este titular se definió en una entrevista en Interviu en 1977.

Al comenzar nos advierte que le cuesta sintetizar y “largar me chifla”. Antonio y servidor nos sonreímos al ver su rostro pícaro.

Es sabia y humilde. Ha sabido aprender y des-

“La represión social que sufríamos nos obligó a tener una doble vida, a no saber si éramos normales o bichos raros, porque no teníamos referentes. No se hablaba sobre el lesbianismo, ni siquiera conocíamos una palabra para designarlo”

aprender en el momento oportuno. Es activa porque siempre se entendió así; en sus propias palabras, “no parar, en actividad continua”.

Al llegar la jubilación se sintió despistada durante un tiempo. Nos dice: “el trabajo asal-

ariado ayuda a organizar la vida”. Pero enseguida se centró. Se puso en su sitio decidida a vivir en cuerpo y alma lo que la vida le ofrecía. Hoy selecciona lo

Nuestra entrevista

que quiere, y sin reparos se pone en marcha en ese ánimo e impulso que siempre la han caracterizado.

La aceptación y reconocimiento como lesbiana fue tardío. Tenía 20 años. Hasta ese momento había vivido en su tierra vasca, concretamente en Hernani. Al llegar a Madrid, refiere con una amiga y compañera de la facultad de filosofía y letras a sus “amigas especiales, más amigas”.

Esta le contestó: déjate de chorradas y amigas especiales, tú eres una lesbiana de tomo y lomo. Le puso nombre a lo que hasta entonces no se lo había dado y desde ese momento su vida se iluminó. Sintió como nunca su percepción afectiva, ya era más Empar. Se sintió feliz.

La censura impedía nombrar todo lo que el régimen dictatorial consideraba pernicioso según la moral del clero de la época. Para ella, como a otros homosexuales, su militancia y su condición sexual la llevaron a vivir una juventud cercenada. “La represión social que sufrimos nos obligó a tener una doble vida, a no saber si éramos normales o bichos raros, porque no teníamos referentes. No se hablaba sobre el lesbianismo, ni siquiera conocíamos una palabra para designarlo”.

Otro hecho importante en su vida fue el descubrimiento del feminismo que marcó un antes y un después. Este hecho la llevó a conocer en profundidad la sociedad y sus esquemas castradores.

Entendió lo que significaba para las mujeres y también para los hombres. “El establecimiento de dos géneros perfectamente delimitados con unas habilidades y comportamientos hacia flaco servicio a unos y a otros. “Construye nuestra capacidad de expresión, creatividad, relación entre sexos”.

Fue muy rebelde ante las injusticias del régimen. Conoció la D.G.P. Edificio de la Comunidad de Madrid en la Puerta del Sol. Se vio con los “polis” de la época, nombrados recientemente. Eran tipos castrados emocional y afectivamente que canalizaban sus carencias y angustias con la violencia y el maltrato a quien era diferente. Acabó en la cárcel de Martutene, después de una reunión. Era el año 1969. La detienen en el primer Estado de Excepción, durante 48 horas.

Su oposición al franquismo sí le hizo emprender una peregrinación por facultades en las que era ex-

pedientada y de las que la expulsaban. Todo esto la llevó entre otras cosas a ser expulsada de varias universidades.

Vivió la Transición en Barcelona. Recuerda un programa de radio en el que al oír definir al capital con títulos tan elocuentes como “cabrones”, apareció en su cabeza una “lechera” con ella dentro. Ciertamente no fue así y en ese momento entiende que la sociedad española es otra.

“Si en 1975 me hubieses dado una bola de cristal y hubiese visto el futuro, no lo habría creído”

“Si en 1975 me hubiesen dado una bola de cristal y hubiese visto el futuro, no lo habría creído”.

Empar Pineda admite que nunca soñó con que en España se aprobara una ley que reconociese los matrimonios entre personas del mismo sexo. Tras treinta años de activismo, que en un principio ocultó bajo el estandarte del feminismo —otro de sus desvelos—, ha visto muchos avances y admite que en algo ha colaborado. “Sobre todo en que la sexualidad de finales de los 70, que no reconocía que dos hombres o dos mujeres se amasen, haya cambiado radicalmente”.

Se considera una mujer con suerte. Su familia no la rechazó. Se hacían preguntas sin más. Un familiar al ver la portada de *Interviú* en el año 1975 quedó tranquilo ya que no aparecía la sobrina “en tetas”.

Sí impresionó al definirse como lesbiana, ¿porque dice que es lesbiana? Ella contesta que si antes era un escándalo separarse, decir que eres lesbiana dentro de unos años será normal. Esto a Empar le encanta, es como si la bola de cristal la hubiese llevado a ver el presente.

Hoy el postureo ya va por otros derroteros. Antes, durante la transición era claro síntoma casposo.

“Tengo claro que me obsesiona decir las cosas tal como son para que todo el mundo me entienda”, afirma.

Su descubrimiento del feminismo tiene mucho que ver con una gran escritora francesa: Simone de Beauvoir.

En la trastienda de la librería Fuentetaja había

Nuestra entrevista



una sala de libros prohibidos. Empar entró una vez en ella y sus tropezaron con un ejemplar de *El Segundo Sexo*. Al llevar en el título la palabra “sexo” lo había prohibido la censura. Empar considera este libro escrito poco después de la Segunda Guerra Mundial como la biblia del feminismo.

Le hacemos unas pocas preguntas tomadas del Cuestionario Proust. Nos responde que la cualidad que prefiere en el hombre es la ternura; ese tópico de ir con el pecho por delante, de fuertes, nos muestra una clase de hombres lejanos y fríos; a Empar le gusta que la ternura se manifieste hacia fuera y hacia dentro.

En la mujer prefiere la coherencia, pero admitiendo que es imposible ser coherente en el 100% del tiempo, eso sólo sería fantasía literaria.

En cuanto a las faltas que le inspiran mayor indulgencia están las que tienen que ver con la dificultad para dar “el do de pecho”.

En pintura le gustan Goya y Hopper.

Sobre *Podemos* afirma que le ha despertado ale-

gría por el mucho tiempo que llevaba aburrida de la política, corrupción, mentecatez, falta de pensar acerca de qué es lo necesario en este país. En ese sentido Podemos le ha despertado una profunda alegría por el hecho de pensar que haya gente que se haga planteamientos utópicos, muchos irrealizables, pero que son capaces de despertar entusiasmo y de recoger la indignación que está ahí, latente en todas partes. La utopía la considera una de las cosas más necesarias hoy día, lleguemos hasta dónde lleguemos, pero no debemos limitarnos nosotros de entrada.

Continúa diciendo que disfruta enormemente de ver cómo los dos grandes partidos intentan descalificarlos, sin darse cuenta de que cuánto más los descalifican, más gente los apoya. *Podemos* significa, pues, que las cosas se han removido y les ha hecho sentir incómodos dentro del bienestar en que estaban instalados con su alternancia en el poder.

Comentando el premio que recibió en Hernani se siente muy contenta ya que además de haberlo recibido en su pueblo natal, fue otorgado por una Sociedad Gastronómica, la Txalaparta. Las sociedades gastronómicas han sido organizaciones tradicionalmente machistas, representación máxima del machismo euskaldún donde las mujeres no podían entrar. Es muy importante el hecho de este premio y sintió un verdadero alegrón por la recepción de este premio.

Luego hablamos, más frívolamente, del precioso traje de chaqueta blanco que lució en su boda, con una blusa negra y una flor en la solapa. Nos dice que el traje lo eligieron entre Cristina (su mujer) y ella y que la boda fue muy bonita y disfrutaron todos mucho de ella, hubo un gran plumón y una reunión entrañable de las dos familias. Fueron Pedro Zerolo e Inés Sabanés quiénes las casaron. Tiene muchos recuerdos muy bellos de ese día.

Una entrevista a Empar Pineda, lleva de sabiduría, esencia feminista, esencia de lucha por los derechos de las personas LGTB. Una entrevista lleva de vida, humanidad y lucidez. La excepcionalidad, algo que no le falta a nuestra entrevistada. Una persona que se unió a la Fundación 26 de Diciembre para seguir con su trayectoria de mujer luchadora por los derechos humanos.

El acoso escolar homofóbico en la vejez

por Ramón Arreal

Tengo la inmensa suerte de que a pesar de estar ya por la séptima década de mi vida cuento con personas que son mis amigas desde la infancia. Otras amistades fueron surgiendo en distintas etapas y allí se quedaron en el mejor lugar de mí ser.

Una de esas personas, de siempre, es mi amigo Paco, que hace más de medio siglo que nos acomodaron en pupitres próximos en la escuela y aún seguimos tratándonos aunque la vida nos llevó por caminos diferentes. ¿Cómo es posible una amistad tan duradera con tantas diferencias personales? Quizá el respeto mutuo, porque somos muy distintos, por ejemplo, a él nunca le ha gustado el fútbol, que ya es raro, tampoco ha sido muy aficionado a las mujeres, como es mi caso y el de tantos compañeros, empedernidos amantes de ellas. Paco permanece en su soltería, como si tal cosa.

Él es serio, reservado, siempre atento a escuchar y a hacer cualquier favor que le sea posible. Mientras otros compañeros son aficionados a narrar las novedades futboleras con pasión y no digamos sus conquistas amorosas, ya pasadas, con más o menos detalle. Él jamás ha referido ninguna, aunque nos ha escuchado contarlas pacientemente con una media sonrisa.

Solemos reunirnos varios amigos casi todos los miércoles para tomar café (aunque algunos ya nos abandonaron para siempre) y para contarnos nuestros recuerdos comunes, anécdotas y peripecias vividas.

Hoy precisamente y, éste es el motivo de esta historia, he conseguido sacar a Paco de sus casillas, simplemente porque le he referido que cuando este mediodía he ido a recoger a mi nieto a la escuela lo he hallado solo, sentado en la escalerilla de entrada, con la cara medio tapada con las manos, lloriqueando, mientras un grupo de sus compañeros le coreaban el clásico insulto de “ma-ri-qui-ta, ma-ri-qui-ta”. Al ver que me acercaba han salido huyendo. Le he dado la mano a mi niño diciéndole: “No es

nada, bobo, es cosa de chiquillos y tú no llores que eres un hombre y los hombres no lloran”.

Mi amigo Paco no me ha dejado seguir el relato. Me ha interrumpido con una energía inhabitual en él y me ha dicho: “Corta eso, córtalo ya, no lo permitas, toma medidas, las que sean menos el silencio”.

- Pero Paco, eso siempre ha pasado. Son chiquilladas- me atrevo a decir. Su expresión era iracunda pero con los ojos húmedos.

- Siempre ha pasado y algunos hemos sido los protagonistas de ese pasar. A mí, si haces memoria, me decían lo mismo y eso me causó un sufrimiento constante, ¿No te acuerdas? Tú estabas allí. Y nadie movía ni un dedo. Nunca te he hecho ningún reproche, pero fueron seis cursos académicos de insultos, de chantajes, de vejaciones. Nadie salió en mi defensa. Todos mirabais para otro lado. Recordarás que yo era diferente, era raro, no era como los demás, no me gustaba salir al recreo a jugar al fútbol, no me gustaba gritar, ni correr, ni trepar a los árboles, ni ir a coger lagartijas a la vía del tren, nada de lo que hacíais otros. De tus labios nunca salió un insulto, pero insisto nadie me ayudó, ni los diferentes maestros que teníamos aquellos años, ni los curas de nuestra Capilla... nadie. No quiero que tu nieto camine por el calvario que yo subí. Corta esos insultos.

Supongo que a estas alturas del siglo XXI, los pedagogos, los docentes, los psicólogos, las autoridades educativas estarán tomando cartas en este tema del acoso escolar homofóbico, más conocido como bullying, por aquello de los anglicismos, pero sigo leyendo noticias de vez en cuando, de finales amargos de algunos niños, adolescentes y jóvenes.

El instinto de sobrevivir da mecanismos para ir superando las dificultades del devenir diario y no siempre. Esas escenas de la chiquillería, de los agresivos, tiene a veces un final de tragedia. Jamás es una comedia.

¿Qué sucede con el niño acosado? Está en soledad, con otros niños y no lo cuenta en familia. Surge

Nuestro voluntario escribe



un problema de comunicación con los demás, con todos los demás.

Es decir, aprende a no contar su realidad, a no expresar la verdad, en cierto modo aprende a mentir, al menos en ese capítulo de su personalidad, algo que queda fijado para el resto de su vida. No sabe relacionarse con los demás porque se siente humillado, diferente y además, no lo puede contar, mientras los demás se expresan libremente. Una de las formas de defenderse de las agresiones es hacerse invisible, que no le vean, ni le oigan para que no descubran sus diferencias y no le agredan.

¿Te acuerdas que yo ni salía al patio con vosotros, que prefería quedarme en los pasillos durante el recreo? No me gustaban los pasillos, simplemente, mi descanso era no estar con los agresores durante aquella media hora. Una de las secuelas que deja ese acoso, entre otras muchas, es el miedo escénico. Un niño acosado en su afán de pasar desapercibido es incapaz de hablar en público o participar en una representación. Incluso si entra en un salón se coloca cerca de una puerta por si tiene que huir, o en un patio de butacas, siempre en el extremo de la fila por si ha de retirarse rápidamente, si alguien descubre su diferencia y comienza la agresión que puede ser simplemente una sonrisa hiriente o una palabra despectiva.

- Paco, ¿No estás exagerando? ¿Por qué nunca

me has hablado de todo esto? Pensé que aquellas bromas de niños estaban más que olvidadas y superadas- le dije yo.

Ese es el tema, y te lo digo por experiencia propia, el dolor causado por el acoso escolar homofóbico es indeleble. Sus cicatrices quedan apenas superadas por el paso del tiempo y tienen una alta incidencia en el comportamiento y en el desarrollo de las características personales, de por vida.

Hay otro punto que tampoco sabes, mi querido amigo. Tan solo una mañana de invierno falté a clase en todos aquellos años vividos con espanto, la mañana en que decidí con doce años, poner fin a todo tirándome al río desde el puente, y acabar aquella amargura diaria. No pude hacerlo, no sé si por cobardía, o por el recuerdo de mi abuela Mercedes, que nunca me llamaba por mi nombre, siempre me decía: "Mi vida" o "Mi sol". No podía causarle el más mínimo dolor si me mataba. Por la tarde volví a la escuela, en silencio, sin contar nada a nadie, como todos los días. Mientras otros andabais con vuestros juegos, yo andaba en esto.

Por eso, corta lo de los insultos a tu nieto, no dejes pasar ni un día. Ahora está sufriendo lo mismo que yo pasé, pero que no se repita, que no quede marcado con el hierro candente del acoso, que no llegue a ser, como yo, un "acosado escolar homofóbico en la vejez".

Rosa con canas: la homosexualidad y la vejez

por Xabier Lizárraga Cruchaga

Envejecer es el único medio de
vivir mucho tiempo.

Daniel Auber

La sexualidad del animal humano debe, necesariamente, ser pensada en términos de diversidad, de pluralidad de formas y expresiones, de vivencias y memorias, en virtud de que implica la concepción y construcción de identidades, erotismos y maneras de relacionarse afectiva, social, cultural y psicológicamente en el seno de un grupo social e histórico. Si bien, en principio, podemos hablar de tres preferencias sexo-eróticas (heterosexualidad, bisexualidad y homosexualidad), cada una de ellas se expresa, se vive y es vista y sentida de mil y un maneras por los demás. De ahí que una serie de variables, como la edad, medien y maticen al sujeto sexo-erótico, y deriven en la generación de posibilidades de acción y obstáculos para la vida del sujeto sexo-social.

En un contexto socio-histórico heterocéntrico y heteronormativo, que concibe la sexualidad desde una perspectiva binomial y genésica, tanto la bisexualidad como la homosexualidad se ven seriamente amenazadas en la medida en que son pensadas y sentidas como anormalidad, enfermedad, aberración, pecado o delito. Consecuentemente, hombres y mujeres bi y homosexuales se ven perseguidos, vilipendiados y socialmente desamparados en el ámbito de influencia de la tradición judeo-cristiana, toda sexualidad sin posibilidades de derivar en reproducción, es acosada, perseguida y desvirtuada (Lizárraga, 2003). Ahora bien, si nos detenemos a considerar que en sociedades como la nuestra se privilegia la juventud productiva y consumista, no se entiende a la niñez (que se piensa asexualizada) y se desprecia y aparta a la vejez (que se piensa improductiva y sin expectativas ni necesidades sexuales), es imperativo reconocer que, en función de la edad, los hombres y las mujeres homosexuales, a lo largo de la vida, son seres sumamente vulnerables (Malta,

2003):

a) cuando niños y adolescentes son vigilados de forma permanente por una mirada heterosexual que pretende condicionarles su mañana adulto, en el que se espera consoliden una relación familiar de corte heterosexual, que construyan una familia nuclear y que sean padres reproductores del modelo hegemónico; y

b) cuando viejos, se vuelven seres olvidados, muchas veces vilipendiados y sexualmente reprimidos por la mirada social.

Por otra parte, si pensamos en cómo aumenta la población mundial y cómo se incrementa la esperanza de vida de los individuos, podemos hacer cálculos y esperar que, a mediados del presente siglo, haya aproximadamente dos mil millones de adultos mayores, de los cuales más o menos doscientos millones serán hombres y mujeres homosexuales (Gimeno, 2002).

Estas tendencias demográficas provocan en no pocos países intensas reflexiones y variadas propuestas políticas en la medida en la que, por un lado se incrementa la población por el nacimiento, y por otro aumenta el número de individuos que dejan de producir, bien porque se jubilan, o porque la vejez los hace menos rentables para las empresas (que también imponen un criterio de juventud). En otras palabras: vivimos en un mundo en que aumenta el número de viejos que siguen necesitando un espacio para vivir, un ingreso para subsistir, así como atención médica y apoyos sociales amén de un entorno afectivo del que con frecuencia se ven privados, al tiempo que los espacios y las posibilidades de relacionarse de viejo se ven reducen.

Ahora bien, en las políticas nacionales, por lo general, la vejez homosexual no es tomada en cuenta; de hecho, sólo en aquellos pocos países en que se han reconocido los matrimonios homosexuales, cuando muere uno de los componentes de la pareja, el miembro que sobrevive puede acceder a una pensión de

Nuestro voluntario escribe

viudedad y, por la presión que está ejerciendo el incremento en el número de ancianos, se comienza a pensar en las demandas singulares que hacen los homosexuales adultos mayores. Así por ejemplo, en Barcelona, España, se ha abierto el primer geriátrico para hombres y mujeres homosexuales; lo cual, para algunos es un avance en la política de los derechos humanos en la medida que supone ofrecer un entorno socio-cultural y afectivo acorde con los intereses y las emociones del viejo/a; mientras que para otros, entre los que se encuentran algunos activistas gays, este tipo de instituciones son algo que debe rechazarse dado que, según argumentan, implica volver a establecer diferencias y segregar a grupos poblacionales por razones de preferencia sexo-erótica. Quizás el problema principal radica en que, si bien algunos activistas buscan la integración del homosexual a la dinámica social de corte heterocentrista, otros están más a favor de generar espacios desde la homosexualidad, que reúnan las condiciones requeridas por singularidad homoerótica de los viejos, al tener en cuenta que, desde la perspectiva médico-geriátrica, lo último en que se piensa es en la sexualidad de los viejos, independientemente de que éstos sean heterosexuales, bisexuales u homosexuales. Quizás este geriátrico gay catalán sea punta de lanza que permita pensar los asilos de ancianos (independientemente de la preferencia sexo-erótica de los asilados) como espacios de vida (más que de sobrevivencia) que contemplen a la sexualidad como parte integral y fundamental del individuo, que no tiene por qué verse dejada de lado cuando el individuo envejece.

Ahora bien, en lugares como la Ciudad de México, en donde sólo hay un reconocimiento legal de las parejas homosexuales que se registran, a partir de la aprobación de la Ley de Sociedad de Convivencia, y tomando en cuenta que ésta no es equiparable al matrimonio heterosexual ni tiene vigencia a nivel federal, la pareja de los/las homosexuales no tiene ni acceso al seguro social de su compañero o compañera sentimental, ni a una pensión de viudedad cuando uno de los miembros de dicha pareja fallece. Y ese desequilibrio entre los derechos de los heterosexuales frente a la indefensión de los homosexuales, a nivel de las leyes federales, deriva en una situación

de doble o triple marginación y opresión de los homosexuales que sobrepasan la barrera de los 50 o sesenta años.

Por otra parte, las mencionadas expectativas demográficas contrastan y entran en conflicto con la cultura de la inmediatez y de lo efímero que estamos viviendo en este período que hemos dado en llamar de la posmodernidad, en el que, siguiendo a Rojas y Sternbach: a) se desatiende el pasado y es bastante indiferente respecto al futuro; b) se promueve el ideal de juventud y se manifiesta una resistencia al tránsito que supone la vejez; c) se sobrevalora la imagen, la apariiencia, la exterioridad; se apuesta por un ideal de eficiencia y rapidez que deviene en impaciencias de muy variado color (Rojas y Sternbach: 1997).

En el ambiente homosexual también se reproduce esta visión del vivir que privilegia a la juventud sobre la vejez y, en consecuencia, los hombres y las mujeres homosexuales ancianos se ven excluidos de los propios espacios gays. Esta exclusión suele darse porque directamente se les impide el acceso a los lugares (que en ocasiones fijan como límites de edad de los 18 a los 35 años), o bien, porque los mismos ancianos se apartan, dadas las dinámicas sociales que en ellos se dan y que no cumplen ni con sus expectativas ni con sus necesidades (Herrero: 22001).

Tanto en México como en la mayoría de los países del mundo occidental, durante el siglo XIX y prácticamente la primera mitad del siglo XX, lo frecuente era que los jóvenes homosexuales hombres buscaran relacionarse social, afectiva y sexualmente con homosexuales de mayor edad, buscando tanto su protección en un ambiente social adverso y peligroso, así como para aprender un lenguaje cifrado y empaparse de los matices de una cultura clandestina. Entre las mujeres se daba tanto esa tendencia como la reunión entre pares de edad estableciéndose las llamadas “amistades particulares” (Russel: 2003). Ya en los setenta y mayormente en los ochenta del siglo pasado, se da un giro en el que poco a poco los hombres homosexuales de edad madura comienzan a ser desplazados e ignorados por los jóvenes. Pocas son las excepciones que se dan y en las que aún se repite esa búsqueda de aprendizaje que caracteriza-

Nuestro voluntario escribe

ba la dinámica homosexual de los años anteriores. De hecho, un mito en torno al SIDA ha generado la creencia de que no hay posibilidad de contagio si la relación sexual es con un hombre menor de 35 años, por lo que muchos jóvenes homosexuales dejan de utilizar condón, limitando sus encuentros con personas menores de dicha edad.

Más entre hombres que entre mujeres homosexuales, es notorio el distanciamiento que se impone a quienes rebasan la barrera de los cuarenta. Casi podría decirse que los hombres homosexuales de más de cuarenta o cincuenta años resultan inverosímiles a los ojos del resto de la misma población. Parecería que la homosexualidad es una cualidad exclusiva de la juventud que se diluye o desaparece con la edad. Homosexualidad y vejez, en consecuencia, derivan en toda una problemática que no ha sido estudiada, discutida o atendida ni por los gobiernos ni por los académicos... mucho menos es tema de conversación y, sólo en contadísimas ocasiones, es motivo de reflexiones por parte de los mismos homosexuales.

En términos generales, la gente llega a pensar que los hombres y las mujeres de más de cincuenta años (sean hétero, bi u homosexuales) han perdido el deseo erótico, la necesidad del contacto físico y del amor. El edadismo, que es una actitud que toma a la edad como punto de partida para juzgar y sobrevalorar o devaluar a las personas, implica un distanciamiento social, moral, afectivo y legal entre los sectores poblacionales por razones de edad, es un mal nacional y occidental, que en el mundillo –aún no comunidad–homosexual se exagera.

Actualmente se piensa que los viejos no están necesitados de orgasmos y que son incapaces de producirlos; se les ve como seres desexualizados que únicamente tienen, en el mejor de los casos, la necesidad de establecer vínculos sociales (restringidos la mayoría de las veces al seno familiar, de corte heterosexual). La realidad es que entre todos vamos construyendo un mundo en el que el futuro, la vejez como seres sexo-eróticos sólo tiene cabida en esporádicas fantasías deprimentes y en sueños tecnológicos (vía el sexo cibernético y la pornografía). Los jóvenes homosexuales no parecen estar

muy conscientes de que ellos mismos –si corren con suerte, y más rápidamente de lo que puedan llegar a imaginar– dejarán de ser jóvenes deseados pero seguirán siendo homosexuales deseantes... Por más que algunos piensen en casarse y tener hijitos para consolidar sus clósets[] y no quedarse solos cuando lleguen a viejos. Como si tener hijos fuera garantía de no ser olvidados y abandonados. A lo anterior, cabe agregar el peso que adquiere el mito, muchas veces asumido y vivido como propio por los hombres homosexuales, de que, dada la promiscuidad erótica, son incapaces de construir relaciones duraderas, por lo que, apartados de la posibilidad de tener hijos, inevitablemente su vejez tiene que ser de soledad (Taules: 2005).

Considero interesante, para cerrar estas primeras reflexiones en torno a la problemática de la vejez con relación a la homosexualidad, ceder el espacio a una voz testimonial:

Cuando me veo en la inmisericorde superficie de un espejo, y cuando escucho a otros –sean hombres o mujeres, jotos o bugas – hablar sobre homosexualidad, no me queda más remedio que reconocer que engroso las filas de los olvidados, de los relegados, cuando no de los despreciados: raro espécimen en vías de extinción, perteneciente a un lejano Parque Jotásico[]. Dada la fecha de mi nacimiento y por mi preferencia erótica, pertenezco a un sector de la población inaparente [sic] y doblemente marginado... carente de espacios en el mundo buga y en el mundo gay. Nadie parece pensar que, como dijera Tito Vasconcelos en la decimoquinta Marcha del Orgullo Gay de 1993: “También los dinosaurios comenzamos desde pequeños.”

Podría decirse que los homosexuales de más de 40 años resultamos inverosímiles a los ojos de los demás, incluso para el resto de los homosexuales. A los viejos se nos ve como desexualizados y se piensa que sólo somos capaces de establecer vínculos de amistad y, en el mejor de los casos, laborales; sólo parece quedarnos como posibilidad de realización el recordar, el soñar en aquellos ayer en los que tampoco pensábamos que los años pasarían y seríamos vistos como desperdicios sociales. Y si a eso agregamos que el orden social pretende que los homo-

Nuestrx voluntarix escribe

sexuales no existamos, dado que se nos niegan muchos derechos de los que gozan los heterosexuales, resulta que la vejez homosexual se torna aún más difícil de lo que, en un mundo gobernado por la imagen de la juventud, resulta toda vejez.

Por ahí dicen que la edad es más una actitud que una acumulación de años, que uno no es viejo hasta que no se siente viejo, y realmente suena bonito... pero, ¿qué tal real es eso? Recordemos, sólo como ejemplo, que numerosas universidades cierran las puertas para maestrías y doctorados a mayores de 35 años y no son pocas las empresas que niegan todo trabajo a alguien mayor de 40 años, en una época en que, paradójicamente, también se busca prolongar la esperanza de vida. No nos hagamos: la realidad es menos complaciente que la ilusión y las buenas intenciones... Después de los 20 o 25 años y, casi sin que nos demos cuenta, todos comenzamos a recorrer un camino en el que, primero poco a poco y luego cada vez más rápidamente, recogemos un achaque por aquí, otro por allá y varios más por acullá... hasta que no nos queda más remedio que reconocer que uno ya no puede correr con la misma velocidad y resistencia si le persigue la policía o una banda de “bugas mata putos”[]; que uno ya no aguanta interminables maratones de baile envuelto en un sonido estridente que perfora tímpanos y funde neuronas, que uno ya tiene que cambiar de anteojos para ver de lejos, de cerca y casi de ladito; que uno ya resiente –a veces durante días– los estragos de unas copas de más o de una noche de desenfreno maravilloso; y que, en virtud del old timer (perdón: Alzheimer) uno a veces ya no recuerda que tenía una cita prometedor (o quizás, hasta comprometedor).

Y eso, queridos, no es sólo una actitud: es una “joda”.

Que la edad y la vejez son algo más que años y achaques acumulados, es cierto. Sin embargo, las actitudes hacia la edad también son parte de la incuestionable “joda”. Y las actitudes, reconozcámoslo, no son responsabilidad exclusiva del que colecciona cumpleaños (por más que cada uno de ellos insista en volver a cumplir necios treinta o treinta y cinco).[]

Yo, a mis maravillosos, disfrutados y disfrutables

cincuenta y nueve años, abro una revista gay y me regodeo con los cuerpos juveniles, me excito con las historias que narran, me entusiasmo con las posibilidades de los anuncios clasificados, me ilusiono con logros sexo-políticos que hemos conseguido... pero no me encuentro: nadie habla de mí ni de los mi edad. No, no estamos en sus páginas, o bien sólo en un muy esporádico, pequeño y tímido anuncio que, con miedos desgarrados, pide que alguien conteste a un llamado entristecido. También los gerontófilos –¡bien venidos sean!– llegan a frustrarse con la obsesión juvenil de sus contenidos. Sólo se escribe sobre lo que interesa o, se supone, debe interesar a los jóvenes; sólo se publicita y se festeja la juventud. Y no únicamente en las publicaciones, sino en la calle, en los trabajos, en los baños... en casi todas partes. La acumulación de edad sólo adquiere prestigio en función de la acumulación de pesos y centavos:

– ¿Quieres coger conmigo? ¿Qué beneficio puedo obtener yo, que soy joven? ¿Me puedes promocionar o subvencionar?– es el subtexto de la mayoría de las miradas que conseguimos pepenar[] por ahí.

Si yo deseo ir a un centro de reunión de homosexuales, no me queda más remedio que ir a donde se reúnen aquellos que ya sólo se interesan por coleccionar arrugas y manías, recuerdos y nostalgias, chichifos y silencios... lugares que cada vez son más escasos. O bien, debo arriesgarme y penetrar en un espacio de penumbras y delirios de luces, en un antro asfixiado por espesa música monorrítmica y estrepitosa; misma que imposibilita toda comunicación.

Si la vejez es sólo actitud, tal vez esa actitud (y necesidad) de entrar en comunicación con otros. Y la juventud, entonces ¿será una actitud de desprecio hacia la comunicación? Triste panorama. Tienen razón los que argumentan que la vejez se trata de actitud, pero de actitudes no sólo de uno hacia uno mismo, sino también de las actitudes de los demás hacia uno. La vejez, tanto como la juventud, es una creación colectiva: así como no se aprende a sentirse joven sólo porque se han acumulado pocos calendarios en la bitácora, uno no aprende solito a sentirse viejo; a uno le ayudan para eso las actitudes de los que le rodean.

Nuestro voluntario escribe

En mi calidad de loca agradidamente añosa, recuerdo que a los “veintiquihúbole”[] nos encantaba, como ahora, conocer gente (no sólo en el sentido bíblico, sino también en el social). Nos reuníamos en casas, cafés e incluso en bares para disfrutar juntos (no aislados por los decibeles y la tenebra). No sólo veíamos a quienes deseábamos llevarnos a la cama, también intentábamos saber un poco de él. Tal vez éramos más tediosamente formales y asustadizos, más closeteros que ahora, pero también éramos más comprometidos con el otro. El lígüe implicaba un ejercicio de comunicación seductora, y no sólo una competencia de atributos físicos... Hoy la realidad que vivo es muy distinta.

No obstante, me animo a decir: ¡Bienaventurados aquellos que vivimos los avatares de la edad, porque nuestros son los calendarios, las astucias de la experiencia y los recuerdos!

¹ Conferencia “Rosa con Canas” del Dr. Xabier Lizárraga Cru- chaga, dictada en la VII Semana Cultural de la Diversidad Se- xual, Mazatlán, México, 2008 –publicada en: Peña Sánchez, Edith Yesenia y Lilia Hernández Albarrán (Comp.) *Iguales pero diferentes: diversidad sexual en contexto*, Instituto Nacio- nal de Antropología e Historia, México, 2011–.

² Identidades sexo-genéricas, sexo-eróticas y sexo-políticas, entre otras.

³ Véase: Lizárraga, X. (1982:531-548) “Sexualidad: variabili- dad de expresiones”

⁴ Véase: Lizárraga, X. (2011:75-92) “Problematizando los se- xos, géneros, identidades y erotismos del animal humano.”

⁵ Para numerosos autores es preferible utilizar el concepto de “orientación sexual” frente al de “preferencia sexo-erótica”. En lo personal opto por “preferencia” porque la noción de “orientación” parece implicar un cierto determinismo, sin pen- sar que a lo largo de la vida uno puede construirse erotismos distintos e incluso cambiar el panorama de sus atracciones, y si se piensa en términos de orientación a la bisexualidad cabría calificarla de “realidad desorientada”, en virtud de que el orden hegemónico tiende a bipolarizar toda realidad. De hecho,

⁶ En el que son una constante cotidiana las actitudes y respues- tas de corte homofóbico.

⁷ Considerando sólo la existencia de dos sexos y dos géneros, y pensando que el único objetivo, o cuando menos el más im- portante de la sexualidad, es la reproducción.

⁸ Vale pensar también a los transgéneros, travestis y transe- xuales como víctimas de la mirada hétero-normatizadora que reduce la expresividad a perspectivas bipolares, estereotipadas y confrontadas en cuanto a las imágenes y las expectativas se- xo-genéricas.

⁹ De hecho, en la medida en que todo niño aprende a despre- ciar la homosexualidad, aún antes de haber construido su pro- pio erotismo, la realidad es que los homosexuales aprenden a odiarse antes de saberse atraídos por personas de su mismo sexo.

¹⁰ Véase “los ‘viejitos’ gays ya tienen su geriátrico”, en <http://expresiones.mforos.com/165975/4846053-geriatrico-gay>

¹¹ Información personal de jóvenes homosexuales, así como del Doctor Luis Guillermo Juárez del IMSS.

¹² Véase: [http://aschroft.perublog.net/myself_by_ me/2006/01/01/whem_im_64](http://aschroft.perublog.net/myself_by_me/2006/01/01/whem_im_64)

¹³ Armario.

¹⁴ Véase: “Los gays somos promiscuos por lo que nos conde- namos a pasar la vejez solos”, plática de Silvia Taules con Juan Velasco, activista gay de 75 años, aparecida en la columna “La sociedad silenciada X”, en el periódico *El Mundo* del lunes 4 de abril de 2005, año XVII, núm. 5.592, y que se puede con- sultar en:

http://www.elmundo.es/papel/2005/04/04/catalun- ya/1779110_impresora.html

¹⁵ En México “joto” es una forma de denominar al hombre homosexual, y “buga” a los heterosexuales, sean hombres o mujeres.

¹⁶ Juego de palabras en el que se sustituye “Parque Jurásico” por “Parque Jotásico” aludiendo al término insultante, pero recuperado y resignificado por hombres homosexuales en Mé- xico.

¹⁷ Una forma de decir, en México: “heterosexuales homófo- bos”.

¹⁸ El que dio el testimonio se reía al reconocer que muchos amigos suyos estaban “muy necios con no querer envejecer” o “no ser visto como viejo”.

¹⁹ En México “pepenar” significa “recoger” pequeñas cosas o desperdicios; “pepenadores” eran aquellos hombres que iban recogiendo papeles y desperdicios tirados en el suelo por las calles y jardines.

²⁰ Prostitutos.

²¹ “Quihubo” es una expresión mexicana que significa “qué hubo”, “qué pasa”, pero también se utiliza unido a una cifra “veinte” para decir “veinte y tantos”.

Nuestros testimonios

Y... mis alas se rompieron

por Rebeca, la Ave Fénix

Y mis alas se rompieron...

Si...

Una vez tuve unas alas que se rompieron al cruzar mi vida.

Una vez, sentí que podía volar y me lancé desde lo más alto... Me lancé desde el lugar donde nace el amor... allá arriba... en lo más alto....

Me casé con la mujer que amaba y volé muy alto, entre nubes que envolvían el alma con aires de felicidad.

Mi princesa, era una mujer dulce y amable, de sonrisa tímida y paso firme... Mi princesa me enamoró, nos casamos y “comimos perdices” un tiempo...

Siempre supe que su cuerpo pequeño encerraba un alma grande... grande y... masculina...

Nunca me lo ocultó...

Yo siento que soy un hombre... Lo se... - Me decía.

Yo escuchaba y entendía su sentir. Respetaba su dolor. Sufría con ella.

Me dolía el corazón al escuchar que vivía dentro de un género no sentido.

A veces su mirada me sorprendía...

Sentía como, otra mirada desconocida para mi, atisbaba desde dentro, desde el fondo de su ser... y me imploraba ayuda.

A veces como en un sueño extraño, mi princesa era durante un segundo alguien diferente.

Era solo un momento, me sorprendía si, pero lo olvidaba al instante... Su sonrisa cubría el desconcierto y yo lo olvidaba...

Tanto quería yo a mi princesa que no tuve dudas a la hora de apoyar su proceso de transexualidad.

Apoyé su cambio, su tratamiento con hormonas, la transformación de su cuerpo, las horas de espera en hospitales, sus cambios de humor, las dudas...

Me trague el miedo como un bocado amargo y abracé su decisión...

Apoyé su sentir... y luché por la libertad del hom-

bre que era.

Caminé a su lado reivindicando su derecho.

Estuve en su camino... caminé a la par para que encontrase su “yo verdadero”

Poco a poco, aquella mirada del desconocido que atisbaba a veces a sus ojos, se fue haciendo mas presente.

El rostro de mi princesa se iba desdibujando y su alma con el.

El desconocido estaba cada vez más presente y se quedaba más tiempo.

Mi princesa se iba diluyendo en el recuerdo, la notaba transparente, pálida y lejana... y el desconocido acudía cada vez más fuerte, adueñándose de su espacio, de su cuerpo y de los sentimientos en los que habitaba ella.

Fue una conquista rápida, fácil y consentida.

La princesa era solo la guardiana del cuerpo y de la mente del caballero. Ahora que él había llegado, ella se iba, había cumplido su misión y se marchaba, para que el caballero pudiese tomar posesión de sus dominios con todo su derecho.

No se iba triste... Estaba feliz...

Todo encajaba para ella... y se dispuso a morir, a disiparse en el recuerdo para abrazar el género que tanto había anhelado.

Sentí como ella moría y yo con ella.

Poco a poco, sin dejarme apenas tomar su mano, ella se fue... desapareció en los sueños, se deshizo en el tiempo y se extinguió de la realidad, mientras se desmoronaba mi alma.

El cuerpo de mi princesa se abrió como el de una crisálida y dio paso a la gran mariposa.

Nació él...

Nació aquel desconocido que a veces se asomaba a su mirada y que siempre me sorprendía.

El desconocido al que yo olvidaba en un instante tras su sonrisa... Había llegado y.... mi corazón se rompió en pedacitos.

Nuestros testimonios

Mi princesa... la que nunca existió murió despacito para parir al hombre que siempre había sido.

Y me quedé inerte, con las alas y el alma rota.

Me quedé sola allá en lo alto... en el lugar donde nace el amor, en el espacio que deja ese amor cuando se va, pero con la aterradora sensación de que no había sido mas que un sueño y que yo solo estuve enamorada de una ilusión.

Mi princesa nunca existió...

Consumida por el dolor y la soledad me convertí en cenizas que volaron entre esas nubes que, un día habían envuelto mi inexistente amor por ella.

Otra ráfaga de aire, un tiempo después, arremolinó de nuevo mis cenizas... y como si del Ave Fenix se tratase, resurgí desde el dolor y he comenzado a volar de nuevo.

Vuelvo a estar aquí... en mi vida... Esta vez, con mi derecho.



Imagen de Buenaventura

Nuestros testimonios

Los preventorios del Franquismo. Yo estuve allí

por Mercedes González

Me llamo Mercedes Gonzalez, nací en 1956 y tengo 58 años. Quisiera contaros una historia de unas vacaciones que prometieron a nuestros padres diciendo que ese sitio era lo mejor que nos podía suceder. Parece que todo era maravilloso, porque nos llevaban a la Sierra. Todo era idílico y en beneficio de nuestra salud.

El Preventorio de Guadarrama del Dr Murillo

¿Que es un preventorio? Se supone que es para prevenir algo, en este caso como la Tuberculosis, Tisis y otras enfermedades de carácter contagioso. Con ese fin se construyó este lugar.

Yo fui allí porque mi vecino era tuberculoso y falangista. Tenía hijos, con los que yo solía jugar. Él le propuso a mi madre que lo arreglaba todo, era el confidente de la policía político social a los que todo el mundo temía. Todas las personas en mi familia estábamos contentas: mis hermanos fueron a Tarra-gona y a Cádiz, yo sola a Guadarrama. Sin embargo, cuando falangistas fueron a hablar con mi profesora, pude escuchar cómo esta negaba que yo pudiera estar enferma.

Mi madre nos mandó al preventorio porque era una ocasión para poder viajar y tener vacaciones, cosa que los pobres no teníamos. En realidad mis hermanos y yo no estábamos enfermos de nada, sólo éramos muchos en la familia. Y es que somos 10 hermanos, aunque bien es cierto que en casa nunca pasamos hambre porque mi padre era pescadero y siempre teníamos pescado que comer.

Una mañana temprano salimos de casa mi madre y yo con mis vecinas. Llevábamos una bolsa de ropa y fuimos a la calle Andrés. Cuando llegamos, vi varios autocares. Allí fue donde nos subieron a todos. Habían muchas niñas contentas pensando que eran vacaciones, pero también las habían tristes llorando durante el viaje.

Esto ocurrió en el mes de febrero. Cuando llega-

mos, con mucho frío, nos encontramos con un patio grande con cuatro árboles en un lugar donde todo era de tierra. Había un edificio grandísimo con unas columnas de piedra y una valla con alambrada que nos dificultaba ver el exterior.

Nada más llegar nos pasaron por la puerta de atrás del patio, nos formaron en fila y nos quitaron nuestra ropa. Todas vestíamos de la misma forma ya que nos dieron un vestido y rebeca con unas zapatillas de esparto. Las bragas de tela eran enormes. Además, nos ponían unos baberos que les llamaban cuellos.

En la cabeza nos echaron unos polvos blancos, decían que eran para los piojos. Por aquel entonces, a todas nos llenaron el pelo con aquel polvo aunque tuvieras el pelo corto o media melena. Cuando nos subieron a las habitaciones nos dividieron en grupos, porque las habitaciones se distinguían por colores. Las habían en malva, rosa, azul, rojo, verde, y blanco. A mí y mis vecinas nos tocó en la morada porque con los colores nos clasificaban. Entonces tú no lo sabes, pero sí nos clasificaban. Allí dormíamos 60 niñas o más. Cada una de nosotras tenía una cama asignada, la mía era la número 43. Un número que nosotras mismas teníamos que bordarlo en la ropa.

El primer día, después de ver dónde dormiríamos, bajamos al patio hasta la comida, en fila otra vez. Allí, hasta que no estuviéramos bien formadas no se entraba al comedor. Teníamos que formar fila con una canción que decía “cuellos derechos y mangas subidas”. Era una especie de rito que se hacía antes de comer y yo la tuve que aprender como todas allí.

¡Oh Dios, qué interminable era esperar tu turno para el almuerzo! No me acuerdo de la comida, pero yo veía muchas niñas vomitando, a ellas les daban cachetes en la cabeza y a otras les hacían comerse otra vez el vomito. Incluso les gritaban “¿no te gusta? pues te lo vas a comer”. Fue entonces cuando me di cuenta de dónde estábamos: en el comedor del terror. Sí me acuerdo de cuando otra niña, de los

Nuestros testimonios



esfuerzos de vomitar, empezó a sangrar por la nariz. Sé que hubieron niñas que para no volver a tener que comer el vómito, vomitaban en el suelo y echaban un poco de serrín encima.

Después del almuerzo solían subírnos a los dormitorios para que nos echáramos la siesta tuviéramos o no sueño. Recuerdo que cuando cambiabas de postura en la cama, siempre la chica que nos vigilaba miraba. Era una niña que se chivaba de todo, era peor que la Gestapo.

Cuando llegó la tarde de este primer día, nos sacaron al patio y nos dieron la merienda todas en fila. Creo que era una onza de chocolate y un trozo de pan pequeño. Eso y un vaso de agua pequeño. Recuerdo habérmelo bebido de un trago, cuando fui a pedir otro me dijeron que con el bebido tenía bastante. Cuando pasábamos el tiempo jugando, acabábamos teniendo sed; como no nos dejaban beber más agua hasta la cena, algunas teníamos que beber de los inodoros. Tirábamos de la cisterna y bebíamos de allí directamente.

Durante la cena, el primer día, dos hermanas querían estar una junto a la otra pero no las dejaban. Lloraban sin parar, algo que les costó una hostia. Acabaron por callarse y no exigir comer juntas.

A las 21:30 teníamos que dormir. La cuidadora que nos vigilaba durante la noche llevaba una capa negra corta y un tocado como de enfermera. El caso es que así vestían todas: con uniforme de enfermeras. En poco tiempo se hizo de día, era la mañana

siguiente y ya comenzaban a ponernos a todas en fila: teníamos que lavarnos. Tampoco nos aseaban demasiado, aquello consistía en estar medio desnudas hasta la cintura, una de las cuidadoras nos lavaba con agua fría metiéndonos la cabeza en un balde mientras otra nos frotaba las orejas.

Después del pequeño y escueto aseo, te llevaban a defecar. Sólo tenías tres minutos, pasado el tiempo tenías que seguir tu fila o sino te pegaban un mamporro. En fila y a golpe de gritos, recitábamos la canción de los desayunos y comidas. Aquello que nos daban para comer era peor que el almuerzo: una especie de papilla de no sé qué con un vaso de leche. Entre nosotras llamábamos a aquella cosa que debíamos comernos, caca del niño pocholo.

Aquel segundo día, nos bajaron al sótano y nos preguntaron nuestro nombres, el número de hermanas y las enfermedades que hubiésemos tenido. Daba igual dijeras lo que dijeras porque a unos pasos de allí te esperaban varias inyecciones. Nos dijeron que eran vacunas, pero lo único que experimentamos fue una inflamación de tres días y la dificultad que teníamos para poder mover el brazo. Yo incluso tuve el brazo infectado con pus.

A partir de aquellos días, todo sería igual. Por la mañana el desayuno, el cara al sol y luego jugar bajo el frío de Guadarrama. Sólo nos bañaríamos cada 15 días. Así sería nuestra vida en el preventorio durante los meses que allí permaneciésemos.

La represión a los homosexuales en el Franquismo

por Josué González Pérez

“Identidad. Represión hacia los homosexuales en el franquismo” (La Calle, 2014) se trata de una esplendida obra que nos ofrece Lucas Jurado Marín en su empeño por mantener un compromiso con la memoria histórica de cientos y cientos de homosexuales (y transexuales y travestis) represaliados durante la dictadura franquista española. A través de un estudio historiográfico, nuestro autor se propone “devolver la dignidad” de aquellas identidades heridas, dañadas, por un régimen asentado sobre valores nacional-católicos incompatibles con la medida humana. Además de la recopilación documental propia, las páginas de esta obra acogen un “conocimiento situado”- aludiendo a Donna Haraway- propio de los relatos biográficos de diversas personas que sufrieron la represión de la época. Sin duda, se trata de un admirable ejercicio político que intenta sortear cualquier amnesia contraproducente para las luchas sociales de hoy y del mañana.

Como introducción, Lucas Jurado perfila distintas concepciones de la homosexualidad, desde el psicoanálisis freudiano hasta las concepciones más esencialistas, que han hegemonizado el campo de la sexualidad a lo largo de la historia más reciente. Por un lado, honrando las teorías sobre la sexualidad de Foucault (1995), el sujeto homosexual ha sido construido como especie sui generis peligrosa para el orden social al vincularse a acciones moralmente condenables y castigables por leyes ad hoc, como la pedofilia (véase página 26). Por otro lado, las sociedades heteropatriarcales, como la franquista, asimismo impulsaron una concepción de la homosexualidad como una patología a tratar mediante prácticas reparadoras que trataban de corregir, paradójicamente, a la propia naturaleza a la que se apelaba para justificar la institucionalización política de la heterosexualidad. Como todo régimen, ambas construcciones políticas eran impulsadas por dispositivos como el cine, entendiendo este como fábrica de ideología

que, en un sentido marxista, podríamos definir como la articulación de una determinada percepción de la realidad acorde a unos intereses concretos de un grupo dominante específico. De ahí que el estudio de la cultura de la época sea esencial, como nos muestra el autor, para entender el sentido común sexual del momento, pero también para conocer cómo se edificó un determinado y parcial relato histórico que designaba quiénes eran los “buenos” y quiénes eran los “malos” durante el periodo de lucha política antagonista que estalla con la suspensión de la democracia por parte del bando sublevado.

Dicho lo anterior, en la segunda parte del libro, dividiendo motu proprio al mismo, Lucas Jurado nos presenta otro de los pilares de la articulación heteropatriarcal de la sociedad franquista, a saber: la familia heterosexual ajustada por un varón heterosexual –trabajador ganador de pan- y una mujer heterosexual adscrita al rol de esposa situada en el espacio privado, como ángel del hogar. Gracias al apoyo de un ejército de intelectuales orgánicos, como diría Gramsci, la familia se detallaba como “una institución natural, completada y reforzada por la indisolubilidad del matrimonio” (pág. 59) con una protección exclusiva que, en términos políticos foucaultiano, bien podría bautizarse como “biopolítica” dada su insistencia en las políticas de natalidad. Lógicamente, esta unidad familiar mantenía el propósito de regular la sexualidad de la población a través de la heterosexualidad obligatoria como condición sine qua non para la sedimentación de las identidades de género normativas mencionadas: “Instituir una heterosexualidad obligatoria y naturalizada requiere y reglamenta al género como una relación binaria en que el término masculino se distingue del femenino, y esta diferenciación se consigue mediante las prácticas del deseo heterosexual” (Butler, 2007: 81).

Es evidente que semejante institucionalización

Nuestra cultura

del parentesco también cumple un papel crucial para un régimen cuya implantación precisaba de “la fuerza de las armas y la represión” (pág. 70) en el marco de una economía heterosexual. La fraternidad ciudadana ante el régimen era posible gracias a la negación de la posibilidad del deseo homosexual entre aquellos varones que no podían permitirse otro futuro que el de “amar” a la nación y a “sus” mujeres. Se trataba, pues, de instituir una determinada definición de la realidad, donde el orden social debía mantenerse a través de la exclusión de lo abyecto, como forma de disciplinar a la población a fin de que esta se ratificase dentro de las fronteras de las normas sexuales legítimas. Se trataba de la “moral de los vencedores” (pág.64, citando a Olmeda,2005) Evidentemente, el poder aquí también custodia su carácter ambivalente del que habló Gramsci a partir de Maquiavelo: funciona no sólo con la hegemonía – el consentimiento- sino también con la represión del Estado como ente que monopoliza la violencia.

Al control y a la disciplina adscrita al modelo familiar, se añaden las leyes concretas que no sólo aluden a la homosexualidad, sino que constituyen al sujeto homosexual como tal a partir de sus prácticas y comportamientos sexuales (pág.79) y, añadimos, de género –por el caso de la represión sufrida por quiénes desafiaban al sistema sexo género-. Excursus para insistir en este efecto performativo, pues si entendemos que la citación legal abría paso a la construcción del sujeto varón homosexual, la inexistencia de una manifiesta sexualidad lesbiana reconocida en los textos vendría a revelar la negación de la existencia lesbiana – al decir de Adrienne Rich- (Véase Juliano, 2012) . Se trataba de la “ley de vagos y maleantes” y de la “ley de peligrosidad y rehabilitación social”, que el autor detalla con primorosa documentación histórica, además de remarcar el carácter paradójico de la mecánica represiva: a la vez que se penalizaba la homosexualidad, o más bien su práctica, “el régimen ansiaba la “curación” total y absoluta de los gais en prisión” (pág.66).

En el caso de la “Ley de vagos y maleantes”, impulsada en los años cuarenta para reprimir las “desviaciones sexuales”, los homosexuales pasaban a

ser objeto de represión de acuerdo al código penal de entonces si sus prácticas sexuales eran conocidas públicamente. Aún más, tal práctica sexual se asimilaba a la pederastia, la prostitución, las drogas y otras cuestiones expulsadas al campo de la negatividad social a través de prácticas discursivas con efectos performativos, esto es, que producen los efectos que nombran sobre los cuerpos, aunque nunca existan garantías de un éxito rotundo (Butler, 2007). Esta conceptualización que recoge el autor, nos sugiere que el régimen franquista más que impulsar una heterosexualidad obligatoria, que también, intentaba censurar mediante la represión cualquier gesto homosexual, desvelando, paradójicamente, el carácter contingente y no natural del deseo sexual, ergo del mismo género.

Mutatis mutandis, consideremos ahora la otra ley impulsada por el gobierno nacional-católico: la “Ley de peligrosidad y rehabilitación social”. Según detalla Lucas Jurado (pág.79), entró en vigor en 1970 y no fue derogada hasta 1995, lo cual despierta bastantes sospechas sobre el carácter real y rupturista del periodo postfranquista, si bien somos muchas las que ya hemos cuestionado el relato mainstream con una simple mirada al desolador pero fantástico panorama político actual. Su objetivo no era tanto reprimir sino más bien “rehabilitar”, aunque el efecto final fue el mismo: más represión y menos libertad sexual. Entre los detalles que recoge nuestro autor, nos parece interesante rescatar la cuestión de los centros especializados que dividían a los homosexuales en pasivos y en activos, como si de una cuestión ontológica se tratase. Lo curioso es que “... en la práctica se declaraban activos o pasivos dependiendo de la cercanía de la prisión con su residencia” (pág. 76), lo que manifiesta que los sujetos implicados, los gays de entonces, pese a estar sujetos a los aparatos de regulación sexual subvertían la finalidad de los mismos a través de una utilización estratégica en interés propio. El valor de estas hazañas es que, hasta en esa posición, fueron capaces de resistir a los poderes fácticos con menor o mayor éxito.

Hasta aquí, hemos hablado siempre de homosexualidad, pero la represión de entonces no ignoró a

aquellas personas que manifestaban una transgresión explícita del sistema sexo-género. A pesar de que, con mucha seguridad, el régimen asociaba homosexualidad con inversión de género, desdibujando las fronteras entre homosexualidad y transexualidad, las personas transexuales, travestis y otras subversivas también fueron castigadas de formas concretas, tal y como lo demuestran las historias de vida recogidas por Jurado Marín. El caso de Manolita Chen (pág. 97) es revelador, pues relata toda una serie de atropellos y de injusticias que, seguramente en una menor intensidad, muchas otras aún soportan en muchos puntos del globo, e incluso en las calles, colegios, comisarias y cárceles de nuestro país. “yo no podía tener amigos ni amigas. Los padres le decían a los otros niños: “no te acerques a manolito” (...) de niño estuve más solo que la una” (pág.99) alegó Manolita. A pesar de la centralidad del esencialismo en el discurso sexual hegemónico de la época, podemos percibir en estas palabras cómo la sociedad se mantenía en alerta ante un posible “contagio”, como si la transexualidad fuese una modalidad de la peste. Naturalmente que se trata del efecto de la transFOBIA sistémica que castiga todos los comportamientos que pueden desestabilizar el orden de género y de esta manera, se asegura que el resto no cruce las fronteras de las posiciones de género aceptables.

Siendo conscientes de que en estas líneas no podemos aludir a todos los aspectos notables que emergen de las voces de las historias recogidas a lo largo de este libro, nos atrevemos a rescatar otra cuestión más. Se trata de la historia de Federico Armenteros (139-49), actual presidente de la Fundación 26 de Diciembre, especializada en mayores LGTB. Al igual que el resto de homosexuales presentes en la obra de Jurado, vivió un duro pasado de discriminación, empezando por el entorno familiar: “su madre le denuncia por homosexual...” (pág.140). Como hemos sentenciado, el poder, los efectos del mismo pueden encontrarse en la constitución de los sujetos mismos, de manera que ellos mismos pueden contribuir a su sumisión desde un rol activo, o a la de otros como ocurre cuando una madre reproduce tales dinámicas, como en el caso aludido. Es la

cara más dura pero efectiva del poder, cuando los propios dominados por las relaciones patriarcales contribuyen a la reproducción de las condiciones de opresión y dominación. Es la “gubernamentalidad” de Foucault (1999), que nombra el proceso a través del cual los propios sujetos, regulados desde el yo, participan en el orden social, en este caso, heteropatriarcal franquista.

Bien pareciera, por todo lo anterior, que no haría falta acudir a las páginas de Jurado Marín para disfrutar del núcleo duro de su trabajo, pero nada más lejos de la realidad. Resulta imposible aludir en estas líneas a todos los elementos que las experiencias de estas personas nos brindan y que son susceptibles de convertirse en herramientas políticas que enriquezcan a las luchas sociales. Tanto las voces plasmadas en las páginas de este libro como los aspectos históricos detallados por el autor, nos muestran un pasado que nunca ha sido borrado de las carnes de muchas de nuestras compañeras de comunidad, de lucha o de bares de ambiente. Difícilmente podrá existir un homenaje mejor para todas estas personas que la intransigencia que muestra el autor ante el olvido impuesto por quiénes han escrito otra historia que no es la nuestra. Por esto último, aspiramos a que las reflexiones políticas aquí vertidas tras la lectura de este libro contribuyan al disfrute del mismo porque realmente su existencia es un acto político crucial, porque dar voz a los sujetos subalternos es siempre un ejercicio de subversión del orden establecido. Y la genealogía, la memoria, es también siempre un avío político que nos permite entender el presente histórico y, por tanto, el futuro que pretendemos construir.

¹ De hecho, es significativo que ninguno de los relatos que se incluyen en la obra describan la subjetividad lesbiana de la época.

Nuestra poesía

Venus negra

por Beatriz Barón Rojo

Te desmenuzas.
Despliegas tus brazos.
Tu cuerpo desmembrado
de luces
negro.

Sinuosa
dibujas tus pechos
cual alaridos de bosque.

Vuelves al vendaval dormido.

La noche envuelve tu canto.

Oculto ruiseñor
en el espeso ramaje de tu cordura.

Engendraste criaturas;
pudiste parir tus batallas;
enamorar.

Yaciste en tu lecho
de dignidad y vida.
Atesorando palabras,
expandiendo tu negritud
por montañas y bosques.

Oleajes bríosos
lluvia y árboles.

Tú sola
con tu mano extendida;
con tu cuerpo desnudo;
con tus pechos al aire.

Desenhebras conflictos
apaciguas heridas.



La bruja

por Rebeca, el Ave Fénix



Una bruja estaba meciéndose en un cuerno de la luna.
Cuando la luna se hizo oscura y se diluyó en la noche, la bruja, se deslizó hasta la ventana
de tu habitación y sin avisarte entró y te sorprendió casi dormida.
Entre caricias y mimos en tu piel dormida, mordisqueó tus sueños, tu boca...
Paró tu despertar para no sentirse descubierta, te abrazó y te ofreció probar sus sabores...
Picantes siempre...
Dulces en ocasiones...
Fuertes las más y... Prohibidos a veces...
En su abrazo inmóvil, te quedaste muy quieta...
En silencio...
Expectante entre asustada y ansiosa...
Pero...
Ya era tarde...
Ella, la bruja, te había atrapado en sus redes...
Y tú...Pobre...Solo podías esperar...
Un beso...'?
Un abrazo al menos...
-Susurrabas llena de ganas... Seré lo que tú quieras... -Decías quedamente...
Pero la bruja en su fantasía, se quedó quieta a tu lado...
Respirando tu piel, escuchando el latido de tus venas...
Mordiendo tu deseo hasta el dolor... Mordiendo tus ganas... Que se convertían en las su-
yas....
Te lanzó su mirada de bruja, con los ojos convertidos en dos rayas apenas visibles buscan-
do tu locura...
En su malignidad... Buscaba tu locura...
Tu deseo ya despierto e inmóvil en sus brazos...
A tu lado... Jadeante... Provocadora...
En medio de su locura...Y de la tuya...
Átomos que se encuentran, partículas de aire que se estrellan en un espacio compartido por
dos mujeres.... La bruja y tú...
Sollozos, besos... Y después... Despacio...
Guardó el recuerdo de las pieles marcadas por ese deseo...
Despacio... Te guardó en su memoria...
Para no olvidar nunca, que un día, una bruja se deslizó del cuerno de la luna y entró en tu
cuarto a robar tu deseo.

Nuestra poesía

Sótano

por Beatriz Barón Rojo

Agarro el pasamanos.
He de bajar.

En el sótano están mis reliquias.

Esos libros viejos que me enseñaron tanto;
fotografías en blanco y negro;
cuadernos de notas con el rojo estallando sobre la pupila.

Nunca fui buena estudiante.

La nostalgia me lleva al sótano:
para recordar mis aciertos y desaciertos;
para humedecer mis manos con lágrimas;
para salvar el abismo.

La humedad me repele.
Siento un grito agarrado en el vientre.
Cada peldaño que bajo
más oscuridad.

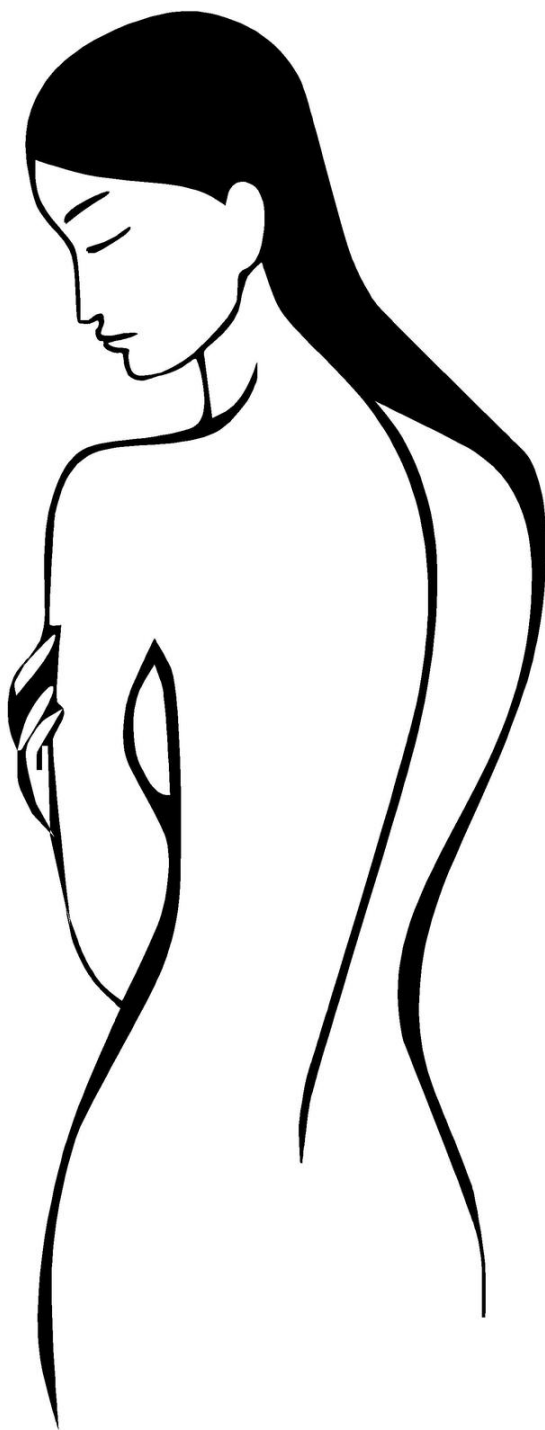
Con el candelabro inestable
ilumino la estancia.
Es opaca y dulce,
es pasado y pasado.

No existe.

Me introduzco en su invisibilidad.
Negra.
Busco la cara oculta de las cosas.

Encuentro.
Miro.
Leo.
Releo.

Nuestra poesía



Ahora puedo decir que soy yo misma.

Ya estoy en tu vientre oscuro y cálido.

Quedo en la luz de tu pensamiento.

En un negro ónix que resplandece.

Reverberante.

Vibrante.

Amante.

Es el amor el que me susurra
las palabras necesarias,
en el silencio inevitable,
en la frondosidad del negro.

Es el amor el que me habla aquí.
En el sótano de mi infancia.

Continúo en este lienzo
madurando mi persona.
Es hora de crecer.

Me afano por cumplir el objetivo.
Lo conseguiré sin prisa.
Como la leona persigue su presa:
paciente, con reflejos.

La estrategia de crecer se adecua a mí.

Siempre quise ser mayor.

Anciana.

Sabia.

Tierra.

Agua.

Río.

SER.

Y ahora lo logro en las fauces de tus paredes.

En el sótano de mi infancia

Nuestra poesía

Calculo todos los atardeceres.
Espío los anocheceres.

Espío los amaneceres.

Si aún puedo sobrevivir
lo haré con elegancia

Salgo de este sótano
infantil adolescente.
Me adentro en la madurez.

Viajo a otro
sobrio.
Circunspecto.

Pensante.

Pienso en el azahar de los naranjos.
Lo toco con los dedos.

Huelo el lilo de aquella casa
donde sólo entraba la Señora Felicidad.

Ya he crecido
como loba ardiente.

No fecundo seres.
Propulso amaneceres.

En el río de mi vida
amo con todos mis sótanos.

Mi alma.
Mis consuelos y desconsuelos.

Una nueva tierra.
Una nueva casa.

Breve historia del SIDA

por Kike Poveda

.....

Han pasado 34 años desde que el 5 de junio de 1981 se publicó en el Weekly semanario de Centro de Control de Enfermedades de Atlanta en EE.UU. la existencia de cinco casos de hombres gais que padecían una rara neumonía, y a los que siguieron otros aquejados de otras enfermedades que sólo aparecían en personas inmunodeprimidas y, por tanto, incapaces de defenderse de infecciones y cierto tipos de cáncer. Un año después se establecería oficialmente la denominación de Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA), término acuñado por el activista gay Bruce Voeller.

El movimiento LGTB reaccionó y, así, ya en 1981 en los EE.UU se creó Gay Men Health Crisis y en 1982 la Fundación del Sida de San Francisco y en Reino Unido el Terrence Higgins Trust. Fueron de las primeras asociaciones en atender a las personas con sida y defender su salud, derechos y dignidad.

La detección, en occidente, de estos primeros casos de sida en la comunidad homosexual, así como el creciente número de nuevos casos, el absoluto desconocimiento sobre sus causas y su prevención, la ausencia de tratamientos, el grave y rápido deterioro físico de los enfermos, de su salud y su prácticamente inevitable muerte, llevó a una gran parte de la sociedad a un estado de pánico e histeria colectiva que depositó una insoportable carga de estigma sobre nuestra comunidad, así como sobre otros colectivos sociales en los que inicialmente se presentó la enfermedad: heroinómanos, haitianos y hemofílicos.

Se plantearon diversas teorías sobre la causa del sida, como el uso de drogas, la promiscuidad sexual, o que era un castigo divino contra los homosexuales y otras gentes de mal vivir. Fueron los años de lo que se llamó la “peste rosa”, el “cáncer gay”, la enfermedad de las “cuatro haches”, de los “grupos de riesgo”, años de enfermedad, muerte, discriminación y marginación, de vidas silenciadas por el estigma,

el rechazo social, familiar, de amigos, amantes, de compañeros de trabajo, de seres queridos, del personal sanitario... El sida significaba la muerte física pero también social de los afectados y afectadas.

En 1983 en Denver, Colorado, hubo un congreso de personas afectadas por VIH, en su gran mayoría hombres gais, en el que se aprobaron los llamados “Principios de Denver”, en los que se estableció la denominación “personas con sida” frente a la de víctimas o pacientes, así como una serie de recomendaciones para luchar contra la discriminación de las personas con VIH, en su gran mayoría aún vigentes.

En 1984, Françoise Barré-Sinoussi y Luc Montagnier, del Instituto Louis Pasteur de París descubren el agente causante de la enfermedad el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) y Robert Gallo, del Instituto Nacional del Cáncer de los EE.UU., también se apunta al carro del descubrimiento. El descubrimiento del VIH permitió disponer un año después del primer test de anticuerpos, así como comenzar a investigar su tratamiento y vacuna.

Ya en 1983 estaban claras las vías de transmisión y los fluidos potencialmente infectivos, pero en el imaginario social seguían manteniéndose mitos y prejuicios, como por ejemplo, que era posible contraer el VIH por un estornudo, darse la mano, compartir cubiertos, picaduras de mosquitos y un sinfín de ideas equivocadas que aún hoy en día siguen creyendo algunas personas.

Frente a esto, el movimiento asociativo LGTB empezó a hablar de prevención, de prácticas de riesgo, de sexo más seguro y del uso del preservativo como el instrumento más eficaz para evitar la transmisión del VIH.

En aquella época los hospitales eran un suplicio para los afectados: se aislaba a los enfermos, el personal sanitario no quería pasar por sus habitaciones, sus expedientes e informes llevaban un punto rojo

Nuestra salud

de 1 centímetro de diámetro como aviso para el personal que los atendía. Los dentistas ponían cualquier excusa para no arreglar una muela, en los servicios de los hospitales se les trataba con muy malas maneras.

Como también lo fueron los hogares, el trabajo, las comunidades de vecinos, etc., ya que las y los afectados eran a menudo rechazados por familias y amigos, despedidos de sus trabajos, desahuciados o acosados, en definitiva tratados como apestados.

El movimiento ciudadano de lucha contra el sida tuvimos que realizar un enorme trabajo para combatir los prejuicios, el estigma la discriminación y marginación social de las personas con VIH, pero además la respuesta al sida contribuyó a un progresivo y difícil avance en la lucha por nuestra dignidad y derechos. En esa tarea, trabajamos codo con codo no sólo los hombres gais y bisexuales sino también las mujeres lesbianas y transexuales con las que compartíamos y compartimos una misma lucha y que eran testigos de cómo el sida segaba la vida de compañeros y amigos.

En 1985 muere la estrella de cine Rock Hudson. Meses antes había salido de dos armarios: hizo pública su homosexualidad y su infección por VIH. Su valiente acto y su muerte significaron un punto de inflexión en la percepción social del sida, poniendo cara a una infección que para entonces comenzaba a ser una pandemia internacional. Un año antes, en 1984 había fallecido también a causa del sida el filósofo Michael Foucault. Le siguieron el pianista Valentino Liberace en 1987; el fotógrafo Robert Mapplethorpe en 1989; el poeta Jaime Gil de Biedma, el escritor Reinaldo Arenas y el artista Keith Haring en 1990; el cantante Freddy Mercury y el escritor Hervé Guibert en 1991; el actor Anthony Perkins y el director de fotografía Néstor Almendros en 1992; el bailarín Rudolf Nureyev en 1993; el director de cine Dereck Jarman en 1994, y tantos otros y otras, en un incesante y alarmante goteo, la mayoría de ellos anónimos pero que permanecen vivos en nuestro recuerdo.

En el 1992 Magic Johnson anuncia que está infectado por el VIH. Un famoso deportista paradig-

ma de la heterosexualidad infectado por el VIH, esto dio mucha visibilidad a la infección y tapó muchas bocas sobre todo a la de los pastores y predicadores que andaban diciendo que era un peste que su dios había mandado a los gais.

A mediados de los 80 empiezan a formarse en el estado español las primeras organizaciones de atención apoyo y asistencia a las personas con VIH/sida como el Comité Ciudadano Antisida en 1985 en Madrid, Gais per la Salut (que daría lugar a Stop Sida) en 1986 en Barcelona y muchas otras.

Por fin, en 1987 se aprobó el primer medicamento antirretroviral, el famoso AZT, que no llegó a tiempo para muchos, pero que dio esperanza a otros. Mientras tanto en Nueva York nacía Act Up con su lema “silencio = muerte” y el gobierno de EE.UU. prohibía la entrada al país a las personas con VIH, veto levantado en 2010.

ACT UP fundado y liderado por Larry Kramer nace como grupo de acción directa y política. En 1989 nace ACT UP Paris y en el 92 ACT UP Barcelona. Nacen como grupos de activistas indignados ante la dejadez de los políticos, contra los ensayos clínicos doble ciego con placebo, consiguen a través de Antoni Fauci director del Instituto Nacional de las Alergias y las enfermedades que se probasen varias medicaciones en paralelo, lo que va a ser un hito científico.

Sus acciones van a ser sonadas en Wall Street, sus performances con cenizas de personas fallecidas por SIDA, llegan hasta tirar las cenizas de un activista por la verja de la Casa Blanca.

De ellos nacerán activistas en tratamientos, ONG dedicadas a controlar la ética de los ensayos científicos. En nuestro país estarán representadas por el Grupo de activistas en tratamientos del VIH (Gtt-vih.org) y luego Foro Español de Activistas en Tratamientos (FEAT)

El 1 de diciembre de 1988 en una cumbre de ministros de sanidad se instituyó el “Día Mundial de la lucha contra el sida”, teniendo esta fecha un significado de jornada de reflexión y solidaridad hacia el colectivo de personas que viven con el VIH, que padecen el sida y los que ya han fallecido. En 1990

se crearía el símbolo lazo rojo para recordar a las personas fallecidas a causa del sida.

En 1995 se introdujeron las terapias combinadas y en 1996 se presentaron en Vancouver los resultados que daban las combinaciones de diferentes medicamentos que mantenían el virus a raya. La terapia antirretroviral de gran actividad fue devolviendo la esperanza de vivir a muchas personas, por lo menos en el primer mundo, los países en vías de desarrollo seguían, y siguen, con un importante y grave problema mortalidad asociada al sida.

Por ello, no podemos olvidarnos de aquellos países y comunidades, en Asia, en América Latina, en África, donde ser lesbiana, gay, transexual o bisexual es motivo de agresión, humillación, violación y asesinato y donde tener VIH sigue significando exclusión social, violencia e incluso la muerte por falta de acceso a prevención, tratamiento, atención y apoyo.

A día de hoy, la infección por VIH es una enfermedad crónica que sigue sin tener curación ni vacuna, aunque afortunadamente disponemos de una gran variedad de tratamientos. En la comunidad LGTB, ha sido y sigue siendo la mayor amenaza para nuestra salud, especialmente para los hombres

gais, bisexuales así como para los trabajadorxs del sexo tanto hombres como mujeres transexuales, porque nos afecta de una forma desproporcionada.

Por otro lado, el estigma asociado al VIH, incluso en nuestra comunidad, sigue siendo uno de los mayores problemas para las personas con VIH y con el que debemos y podemos acabar.

Hace 34 años, el VIH y el sida entraron a formar parte de nuestra historia y de nuestra vida, diezmando nuestra comunidad y poniendo en riesgo nuestra salud, sin que ello impidiera que le hiciéramos frente de manera decidida, y que sigamos comprometiéndonos con su prevención y con el apoyo a quienes viven con el VIH, en nuestro país y en el resto del mundo.

Hoy en día sabemos que el VIH paso de los simios a humanos en las primeras décadas del siglo veinte en el Congo y que por múltiples factores demográficos como la aparición de las ciudades y por la posibilidad en las comunicaciones que unían múltiples zonas del planeta se fue diseminando por todo el mundo. Tuvo que llegar a occidente para que se investigara. En África habían enfermado y muerto miles de personas pero nadie pensó k era una nueva pandemia.

